

# DEL MEDITERRANEO AL CARIBE. LA PRESENCIA DE ESPAÑA

PEDRO GÓMEZ VALDERRAMA

**S**iempre se ha dicho que en el principio fue el Mediterráneo. Para el Continente descubierto por esa gigantesca empresa que nació, justamente, de un país mediterráneo, en el principio fue el Caribe, cuyas analogías con el Mediterráneo no son pocas. Para nosotros la primera de ellas fue la de que la puerta de ese mar y llave de las Indias se llamó, como era lógico, Cartagena de Indias. Más allá de las islas de los descubrimientos iniciales, cuando el Nuevo Mundo se asienta y empieza su vertiginoso crecimiento, nació la ciudad que era el centro del tráfico marítimo con la metrópoli, y por ello sede de instituciones jurídicas y de grandes grupos sociales. Cartagena de Indias fue el centro de un mundo, que hacia el sur se extendió también a partir del descubrimiento del Océano Pacífico por Vasco Núñez de Balboa.

Pero ciertamente el principio fue el Caribe. Germán Arciniegas ha descrito maravillosamente la historia de ese mar, desde el momento del tráfico de Indias, con los galeones que enlazaban a España con América, con la llegada a nuestras tierras de las mujeres, de la cultura, de los libros —entre ellos los que llevaban la chispa de la insurgencia— todo llegando a través de ese mar. Como el Norte de Suramérica, Centro América es también predominantemente caribe, está incorporada a la órbita del mar, pese a su pertenencia también al Pacífico. Pero la hora del Pacífico viene más tarde.

Hay una idiosincrasia particular en lo que es el Caribe. Hay países que lo son totalmente. Otros, como Colombia y Venezuela,

tienen Zona Caribe y Zona Andina. De todas maneras es importante recordar que la presencia de España comenzó en ese mar, y continuó a través de los siglos de colonia hasta llegar a fundirse de manera afortunada, como ninguna otra colonización, con la fisonomía de las repúblicas independientes que, sin ser lo mismo, sí son profundamente afines incluso en las discrepancias.

Los centros de las civilizaciones y de las culturas son los mares. Del Mediterráneo surgió la civilización occidental. La cultura mediterránea sigue dando sus destellos poderosos. El Pacífico es el mundo lejano del oriente. El Atlántico ha sido el camino de Europa a América. Y en el extremo norte de la América nuestra, se encuentra el mar Caribe, cuyo nombre descende de la tribu de indios que poblaron no solamente las costas y las islas sino que alcanzaron a llegar a territorios más profundos e incluso hasta los comienzos de los mismos Andes. Palabras como huracán, canoa y muchas otras que podríamos citar, son palabras de origen eminentemente caribe, incorporadas al español. En Colombia es posible seguir el rastro caribe a través de muchos nombres de lugares en que quedó impresa la huella caribe.

El mundo que gira en torno al Caribe es un mundo alucinado y alucinante. Quien lee los libros de Alejo Carpentier o de García Márquez, encuentra en ellos ese rastro de fuego, esa maravilla que está entre lo real y lo irreal, lo que se ha llamado "lo real maravilloso" y que da lugar al realismo mágico. Muchas veces he señalado que quien lee a uno de estos autores lo ve de una manera si proviene de un país de América, y de otra si es europeo. Sin embargo, es también cierto que los españoles comprenden más ese sentido de la realidad mágica como realidad, no como fantasía, con el cual la disfrutaban otros pueblos del mundo.

Y quien visite esas ciudades maravillosas, Cartagena de Indias, La Habana, Puerto Rico, Santo Domingo, encontrará en ellas ese mundo mágico reducido, sin embargo, a la realidad, a una realidad especial que participa de dos mundos. En el Caribe es realidad también el vudú, lo es el misterio de las brujas de Tolú, lo es la fantasía con la cual, en tierras lejanas, se le adorna. Son realidad las consejas que se cuentan en las horas nocturnas, las leyendas sobre míticas progenies, todo lo que es allí parte integrante de la vida.

Es bien difícil describir en unas breves líneas toda la simbiosis cultural que se realizó en los cinco siglos desde el descubrimiento. Desde luego, los pueblos que se encuentran más allá del océano son distintos de los de este lado del mundo. Sin embargo, las afinidades que se encuentran con España tienen una naturaleza bien singular. Yo diría que la semejanza y las diferencias pueden estar encarnadas en el parecido y en las disimilitudes de las dos Cartagenas, la de España y la de Indias. Al llegar a Cartagena le sorprende al colombiano encontrar una topografía tan similar, una bahía que tiene tanto parecido con la de Cartagena de Indias. Parece aquí que los dos mares fuesen casi el mismo. Y la misma ciudad, su ambiente fresco, su aire salino, sus edificios fortificados, sus balcones mediterráneos tienen profunda semejanza con los de las calles angostas de Cartagena, por las cuales parecen vagar todavía fantasmas coloniales. Pienso que en esa comparación de las dos Cartagenas puede hallarse la clave de las similitudes de la Cartagena de España con la lejana Cartagena de Indias. No es fruto del azar el nombre. Don Pedro de Heredia, al fundar Cartagena de Indias, debió hallar en la bahía, en su aire, en el mar milagroso, semejanzas que le inspiraron la afortunada escogencia del nombre. En las ciudades, como en las personas, el nombre contribuye a conformarlas, es definitivo en su destino.

Y a través de las dos ciudades, se juntan dos mares. La grandeza del Mediterráneo se proyecta sobre el mundo. El Caribe es América, y es a la vez la gran huella de España en el Nuevo Mundo. El Caribe es en alguna forma el espejo de las Indias. Todavía en la bahía de Cartagena reposan galeones sumergidos con su carga de oro. De un lado a otro del mar, por la ruta de las carabelas de Colón se han hecho cinco siglos de historia. Las carabelas van y vienen. El mar profundamente azul guarda largos secretos que alcanzan a transparentarse a través de las límpidas aguas. En los mares siempre hay historia. Es más, la historia siempre surgió de los mares. A través del mar fue llevada en las ánforas de aceite y trigo la espiral de las Cícladas, uno de los primeros prodigios del arte. A través de los mares, de ese Mediterráneo y ese Caribe, se cambió la historia, se ensanchó el mundo, nacieron cosas de prodigio que sirvieron para el nacimiento de la Utopía, y para que el Buen Salvaje hiciera su irrupción en la historia. Sí le prohijó don Miguel de Montaigne y lo engrandeció Juan Jacobo Rousseau, ese Buen Salvaje le dio una lección al mundo conocido, la lección de que siempre hay otros mundos que pueden explorarse.

Ya tan cercanos a la conmemoración del Descubrimiento, que es de esperarse que abra también otros mundos futuros, vale bien la pena volver a pensar en ese Mediterráneo prodigioso, en la nave de Ulises, en los Argonáutas, y en ese pueblo fenicio que recorrió y transformó el mundo conocido. Grecia creó de nuevo al hombre, y ese hombre griego se prolonga a lo largo de las generaciones. Y los fenicios lo llevan a su mundo pragmático, que queda para siempre tocado en esa ansiedad del mar, que sirvió para que un día en tres pequeñas carabelas, se realizara el milagro de ensanchar el mundo y darle nuevos cielos y nuevas lejanías al estandarte real de Castilla y Aragón.

A través de ese Mediterráneo cuyo hálito recibimos de España, nuestro Caribe se engrandece también, lucha y obtiene su libertad y es hoy una parte de la gran comunidad hispana de que ha hablado el Rey D. Juan Carlos. En esta ocasión, como siempre, el mar es el centro de la civilización y la cultura.